

"El deseo no es educable, no es susceptible de una pedagogía, tampoco de una sexología que se sitúa en otro nivel, en un nivel puramente instrumental. El deseo es solamente susceptible de una ética, ética que Lacan formuló en los años 50 en la forma siguiente: No ceder en cuanto a su deseo, y el síntoma es eso mismo, ceder en cuanto a su deseo".

Jacques-Alain Miller

1

Tomemos, como ejemplo, nuestra ciudad por escenario: durante todos los minutos del día y en todas sus calles el hecho se repite idéntico: un hombre mira a una mujer, una mujer es mirada por un hombre. La mirada muchas veces no basta y ella se liga a la lengua: el piropro emprende su destino de llevar la desdicha del deseo de un hombre hasta la oreja de esa mujer desconocida. Pero el deseo desdichado alcanza en ocasiones un recurso más patético: la mano que fugaz arriba al cuerpo ajeno, desnudando en ese instante desolador la apabullante imposibilidad de su goce.

O tomemos uno de sus diarios: en cualquier lugar de ella, en cualquier momento, la violación ha retornado con sus cargas de dolor, abandono y humillación, repartiendo idénticamente los paños: el hombre violador y la mujer violada.

O el tiempo misterioso de la noche que quiere encubrir a diario lo que para nadie es un secreto: que, ya sea sórdido o lujoso, el prostíbulo reitera la transacción: el dinero de un hombre por el cuerpo de una mujer.

O el sistema publicitario que llena sus paredes, penetra por las antenas de televisión, domina la pantalla cinematográfica o inunda diarios y revistas, habiendo encontrado la clave de ganancias en mediatizar la relación entre el consumidor y el producto por el cuerpo femenino.

O la relación monogámica asumida por millones como una certidumbre incuestionable y la cual, pese a su papel de reguladora de la opresión y el arrebató mutuo de la pareja, no deja de ser jamás un instrumento más requerido por el hombre que por la mujer, más allá de las apariencias sociales donde la mujer se aferra a la esperanza o a la materialidad de su matrimonio para ocultar que lo único que realmente tiene importancia para ella en esa relación, es la posibilidad del hijo. Tras de los encuadres sociales y económicos, todo el mundo intuye o sabe una verdad: el hombre hace matrimonio para te-

un hombre - una mujer: una ética

carlos mario gonzález

* El autor es profesor en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional sede de Medellín y en la Facultad de Sociología de UNAULA.

ner a la mujer, la mujer para tener al hijo. Hagamos, de momento, énfasis en esto: como en el caso del ojo-lengua-mano del hombre callejero que la topa, del violador que la arrebató, del usuario del prostíbulo que la compra o del mirón del aviso publicitario que la consume, la mujer es acechada en el matrimonio por el hombre, en el afán de éste de hacerla para sí, a pesar que, igual que en los otros casos, sea sólo el fracaso lo que le depara su empresa pues, siempre huidiza, la mujer nunca está donde el hombre cree atraparla. Leámoslo en palabras de Jacques-Alain Miller: "Es siempre por abuso que uno imagina que una mujer es suya. Los hombres inventaron el matrimonio para poderse lo imaginar".

2

Que nos sea suficiente haber mencionado estos casos para poder darle paso a la siguiente sospecha: Algo, algo estructurado, establece entre lo femenino y lo masculino un desequilibrio que no es en ningún momento el de lo complementario, sino que tiene que ver con ese carácter no recíproco que hace a la mujer imprescindible para el hombre, que la hace para él lo infaltable. Sospecha que nos debe incitar a indagar por aquello que estructura al ser humano en masculino y femenino, para poder, a partir del conocimiento logrado instaurar una ética que reconozca la diferencia en su condición de irreducible y hacer de esta diferencia, precisamente, el fundamento del goce.

3

Retengamos unas palabras anteriores: "Algo estructurado". No hay ambigüedad en lo que queremos decir: en tanto masculino o femenino el asunto es de estructura, no es imputable ni a las formaciones sociales, a las relaciones económicas, a los regímenes políticos o a los patrones culturales. Es algo equiparable a nuestra condición de seres hablantes: lo somos porque ingresamos a la estructura de la lengua; los efectos de nuestro lugar económico, político, social o cultural, siempre son a posteriori de nuestra estructuración como sujetos en y por la lengua. En el caso de lo femenino y lo masculino la función estructurante la desempeña la historia del deseo, construida según los caminos seguidos y los avatares padecidos por el pequeño Edipo. Es sobre el fondo que constituyen estas estructuras establecidas que se opera la distribución de poderes y privilegios, hábitos y normas, costumbres y prácticas que se originan en los dominios económicos, políticos, sociales y culturales. Y si no cómo explicar lo que la historia nos muestra, a lo largo de sociedades diversas, como asignación del cuerpo femenino para la prostitución, o lo que la antropología ha enseñado respecto a que en otras

culturas, incluso en sociedades sin clase, el rapto o el intercambio matrimonial, al igual que la violación, tienen siempre a la mujer como su objeto. Evidentemente "algo" que no está en el mero orden social o cultural determina que en la relación entre los dos sexos la mujer juegue ese papel de requerida y el hombre el de demandante. Ese "algo" es lo que llamamos estructuras fundadoras de nuestra condición humana, las cuales haciendo de bisagra entre la naturaleza y la cultura, rompen la supuesta continuidad de nuestra vida con la animal y están presentes siempre, en todo tiempo y lugar donde lo humano hable, independientemente de las circunstancias sociales, económicas o políticas, como para tal caso podríamos citar la estructura de la lengua, las estructuras del parentesco y la estructura edípica del deseo.

Es en este sentido que decimos que la partición humana en femenino y masculino, se juega en el orden de la ley que instaura y regula el deseo como carencia y como imposible, y a partir de aquí es que sobrevendrán las formas de manejo de ese eterno fracaso a que está condenado el deseo y que ya tendrán marcas históricas, sociales, políticas, éticas, etc.

Lógicamente sólo este tipo de reflexión permitirá dar una respuesta a la pregunta ¿Por qué lo masculino y lo femenino han jugado cada uno ese papel y no otro cualquiera, incluido el contrario? De no ser bajo esta óptica se tendrá que recurrir al azar para señalar por qué la historia ha tejido una trama diferente para los dos sexos en su relación, con lo cual simplemente no se está explicando nada pues decir azar es negarse a comprender algo.

4

Hay una gran necesidad en decir esto que acabamos de decir, porque nos permite situar el punto clave en donde se origina la gran confusión que afecta a algunos grupos feministas en el enfoque del problema de lo femenino y lo masculino. Esta confusión entre lo que es estructural y lo que no lo es, los lleva a ubicar problemas de tanta pertinencia y tanta importancia actual, como los de la opresión y marginación de la mujer en muchos campos de la vida económica, social, política y cultural, los de la violencia y utilización que pesan sobre su cuerpo, los de la subyugación y aniquilación de su ser, en el marco de ideologías que al errar en la explicación de la causalidad han de equivocar los objetivos de la necesaria lucha feminista.

Las ideologías dominantes en las explicaciones de estos grupos, podríamos decir que son una mezcla de empirismo vulgar, naturalismo Rousseauiano y conductismo-culturalista, todo expuesto, como consecuencia, desde una lógica me-

cánica y simplista que se limita a proceder por comparación entre lo femenino y lo masculino en cada asunto, para plantear, localizadas las "ausencias" de la mujer, un objetivo que es el de llenar esos vacíos, en pos de una equiparación donde uno y otro sean y hagan lo mismo. Herederos sus discursos de esa larga tradición que se alimenta del resentimiento, terminarán invocando una especie de "guerra de sexos", donde "mujeres-buenas-oprimidas" habrán de enfrentar a "hombres-malos-opresores". Y como buenos hijos del resentimiento sus discursos poseerán un tono amenazante y amedrantador, donde las palabras en reserva para descalificar moralmente cualquier discurso discrepante siempre están a la mano, como sucede con su más peligroso y usado proyectil: el término "machista".

Pues bien, decimos por nuestra cuenta que sí; que hay necesidad de implementar y fortalecer la lucha feminista, en pos de la autonomía de la mujer en la sociedad y de su realización como ser, pero que esta lucha no puede situar al hombre como antagonista, sino buscar la transformación de las relaciones, única manera de quitar ese acento moralista, pues cada elemento no es sino lo que la relación le condiciona: no hay elementos buenos y malos, sino relaciones opresivas o no y son éstas las que han de estar en la mira de la lucha y de búsquedas que no deben forjarse como propósito una especie de universo humano sin diferencias de ninguna especie. Y en eso hay que insistir, pues si hay diferencias políticas, sociales, económicas y culturales que deben y tienen que ser borradas, hay otras, esas que tienen que ver con la estructura fundadora de lo masculino y lo femenino, que son irreducibles y que al contrario de ser fuentes de desdicha son propiciadoras del goce humano.

5

Una ideología Rousseauiana, hemos dicho, guía en buena parte el análisis del feminismo de algunos grupos. Su idea es la de que en un comienzo la naturaleza nos ha homogeneizado en virtualidades y posibilidades, pero un segundo tiempo, el de la sociedad y la cultura, ha roto esa uniformidad inaugural para hundirnos en la diferencia opresora, por lo cual el objetivo, así como Rousseau lo persiguió con Emilio, es retornar a este utópico mundo de igualdad que la naturaleza nos confirió.

Lo que se sigue en la línea de este análisis, como consecuencia necesaria, es la instalación en el reino de la moral de lo bueno y lo malo: naturaleza buena, por homogenizadora; sociedad mala por desequilibradora, y de aquí a la busca del "culpable" que se localiza en un genérico "hombre" que cubre a todos los hombres supuestos sujetos de conciencia y voluntad, mientras en el otro platillo se coloca a la mujer "inocente". ¿Po-

drá, entonces, extrañar que entre los grupos que se mueven en este tipo de análisis haya prendido como "forma política" de lucha la venganza contra el hombre? Sin duda que no, pues se dan los elementos que hacen la secuencia lógica de la moral de esclavos y tiranos de la que nos habla Nietzsche: culpa-resentimiento-venganza.

Pero esa ideología Rousseauiana además de sus inmovilizadores efectos moralistas, se levanta sobre un craso error teórico: es que antes de ingresar a la sociedad no hay humanidad homogeneizada e igualada, simplemente porque no hay nada, esto es porque humanidad no hay por fuera de la sociedad. Si la diferencia nos marca no es porque perdimos nuestro estado original de igualdad conferido por la naturaleza, sino porque sólo hemos podido ser sujetos insertándonos en estructuras que nos constituyen marcados por diferencias insalvables. Reconocer nuestra diferencia en masculino y femenino no necesariamente es equivalente a opresión, como fantasmáticamente lo piensan quienes proclamándose defensoras cerradas del feminismo, por paradoja se colocan en un "ideal masculino" a reclamar la uniformidad. Pues hay diferencias y diferencias, y si las unas pueden y deben ser combatidas, tales como las de clase y derechos, las otras por el contrario se tendrán que preservar, aún más, acentuar, ya que ellas son las que abren la vida al goce al permitirnos la posibilidad de mirarnos asombrados en otro que no nos repite y que se nos aparece, en la fugacidad de un instante y de una ilusión, como el que puede devolver nuestro ser en falta a la completud perdida. Y si es cierto que jamás esto dejará de ser una mera ficción, no menos cierto es que no tenemos otra alternativa y que nuestra vida sólo tiene calor y sentido si nos damos a la búsqueda de esa imposibilidad real con la convicción imaginaria de que es posible.

6

Otra ideología que hemos mencionado en el análisis que hacen algunos grupos feministas y que no está en contradicción con la anterior sino que la encadena, es esa que llamamos, forzando la expresión, conductismo-culturalista. Piensa, en el mejor estilo del conductismo norteamericano, que el ser humano no es sino la suma de conductas aprendidas e interiorizadas. Por eso, en el caso de lo masculino y femenino la explicación, no por simplista menos repetida, es la de una distribución de roles que la cultura, entendiendo ésta a la manera de la antropología de comienzos de siglo como mero conjunto de hábitos y costumbres, hace desde un principio de dominación y opresión por parte del hombre. No hay diferencias estructurales sino simple aprendizaje de conductas diferenciadas, de acuerdo a funciones distintas en el ámbito de la sociedad, que

se han operado sobre una condición originaria idéntica. Es algo que no puede dejar de traernos a la memoria las afirmaciones de Skinner relativas a que todas las diferencias en la materia viva animal —por ejemplo, entre una rata y Beethoven— se reducen simplemente a diferentes formas de conducta reforzada. En la perspectiva de los análisis feministas todo acontecería idénticamente: si hay masculino y femenino no es sino porque conductas, que comprenden tanto prácticas como ideas, han sido distribuidas e interiorizadas sobre una materialidad que era homogénea por principio. Lo masculino y lo femenino es pues, simplemente, juego de conductas inducido en los individuos bajo pautas de diferenciación opresiva.

Otra vez, como en el caso de la ideología Rousseauiana, lo humano no es sino un lugar de avanzada en el hilo continuo de la naturaleza y sus miembros no son sino portadores de conductas asimiladas en el medio.

Lo que está extraviado en este análisis, igual que en el anterior, es precisamente que entre la naturaleza y la sociedad hay un salto que rompe la continuidad, propiciado por estructuras en las cuales y sólo por las cuales nos hacemos humanos. Pero si nos decimos humanos no es porque tengamos juegos de conductas que nos especifiquen con respecto al resto de la escala animal y entre nosotros mismos, sino porque al constituirnos como sujetos entramos en estructuras que no son sino conjuntos de elementos, regidos por leyes de combinatorias que configuran un campo de virtualidad, donde puede el ser humano desplegar una creatividad inagotable y producir realizaciones imprevisibles como único ser de pensamiento y de deseo, o si lo queremos decir en breves palabras: esto es lo que le permite hacer lo que ninguna otra vida del planeta puede hacer: hacer del tiempo de su vida una historia.

7

Advirtamos a esta altura que no hemos olvidado a ese nuestro desdichado hombre de la calle y a sus cómplices en la imposible tarea de hacerse a la mujer. Pero ha sido menester dar esta vuelta y continuarla un poco más para poderlo sorprender infraganti allí donde el deseo lo hace hombre y marca, sin que hagamos petición del falso testimonio de ese feminismo de antiparras que no lo puede ver sino con los caducos colores de la culpa, el resentimiento y la venganza. Porque si lo atrapamos en la verdad de su deseo no podremos ni maldecir, ni amenazar, ni castigar, bastones que inútilmente blande cierto feminismo de la amargura que acierta más en su propia crisma que allí donde pretende golpear con una fuerza que le viene de la imposibilidad de articular en lo simbólico el significante de la

castración correspondiente a su sexo, sino que podremos solamente invocar lo único que puede ligar a los sexos: una ética que asuma sus diferencias sin ceder al deseo.

Tenemos que apresurarnos, tenemos que agilizar nuestras palabras, pues en este momento alguien habrá que esboza una sonrisita irónica, respira hondo y murmura quedo: “¡Ya está! ¡No hay duda, el pez ha sido puesto en su salsa! Mucho se deslizó pero al fin ha llegado a su sitio: ¡significante, castración! ¡ja!, está descubierta su carta: el discurso machista del psicoanálisis...”.

Y sí, hablamos de significantes y castración tal como lo hacen Freud y Lacan. Es más, pensamos que una teoría de lo masculino y lo femenino es absolutamente imposible por fuera del psicoanálisis y sólo desde éste se puede esclarecer la verdad que los estructura como dos diferentes irreductibles, con lo cual el marco de referencia para la acción política del feminismo ha de ser otro distinto al de una puntualidad exacta con lo masculino. Sólo sobre el fondo de la diferencia se puede plantear y librar la lucha de la mujer por el logro de todas las condiciones que le permitan alcanzar una realización cada vez más plena de su ser. Derrotar lo que coarta sus logros humanos no equivale a negar lo que la especifica como mujer que, como ya hemos señalado reiteradamente, no tiene que ver con ninguna “naturaleza femenina”, que no existe, así como no hay tampoco ninguna “naturaleza masculina”, sino que tiene que ver con la historia del deseo determinada en la estructura edípica y que por efecto de la Ley del Padre marca diferentemente al niño y a la niña.

Se hace necesario que nos detengamos en esta afirmación, pero antes indiquemos que en este punto es donde confluye lo que llamábamos empirismo vulgar en el análisis de algunos sectores feministas con la existencia de una oposición al psicoanálisis que, en honor a la verdad, no se alimenta sino del prejuicio y de la ignorancia. Ajenos sus análisis a un estudio serio y cuidadoso del psicoanálisis desembocan en vulgares interpretaciones de puro corte empírico en conceptos como el de falo, castración, hijo, sexualidad y otros. Por eso al criticar la supuesta actitud patriarcal del psicoanálisis lo hacen sin captar que en éste esas palabras se dotan de una conceptualización que en ningún momento tiene que ver con la acepción que poseen en el habla popular.

Caen estos análisis en una lamentable confusión porque sólo pueden abordar estos conceptos desde ese empirismo ramplón que los lleva a traducir falo por pene, castración por una pérdida del pene en la realidad por parte de la niña, hijo con dar a luz, sexualidad con genitalidad, etc. Limitados a entender en estas palabras el senti-

do popular que de ellas se tiene, obturan las aportaciones del psicoanálisis al negarse a entender que éste, como toda discursividad que se perfila en el horizonte de las ciencias, construye sus conceptos rompiendo con las imágenes valorizadas y las significaciones que le preceden.

No hay posibilidad de entender todas las problemáticas y los conceptos que trabaja el psicoanálisis si no se le da un sacudón a ese imperativo empirista de la realidad, si no se abandona la ingenua creencia de que al hablar de la realidad se habla de algo común, de una entidad que está ahí, constituida como un dato, como un exterior, idéntica a sí misma y previa a toda relación y a toda experiencia humana. Si el concepto "realidad" no se reduce a la mera materialidad física del mundo, la cual incluso la misma física moderna no considera como una y la misma, es menester acceder a la noción de que todo aquello que llamamos "realidad" para el ser humano es el efecto de una producción que tiene las huellas de la particularidad de éste, así como éste se configura por las marcas que le señala aquél'a.

Decir que lo humano produce la realidad así como la realidad produce lo humano, es algo muy distinto a decir que la realidad es un dato previo y exterior. Diríamos que en la producción de nuestro carácter de humanos se produce simultáneamente la realidad, esa realidad en la cual se desplegará nuestro ser; es produciéndonos humanos como se produce la realidad, sea ella la que fuere en cada caso. Pero entonces, si la realidad no es algo dado y anterior sino producido, ¿cómo se produce ella?

El psicoanálisis introduce tres conceptos sin los cuales no se podrá entender nada de lo que él dice y se caerá en esa interpretación vulgarmente empirista de la que hemos hablado y que algunos sectores feministas profesan. Esos conceptos son: El registro de lo simbólico, El registro de lo imaginario y El registro de lo real. Todo lo que se puede llamar humano está inscrito en la interrelación de estos tres registros, los cuales configuran con sus cortes lo que es la realidad del sujeto. El registro de lo simbólico es constituido por nuestro acceso a la lengua, es nuestra inserción en el orden del significante, el cual a diferencia de la concepción de De Saussure, no tiene una relación puntual con el significado sino que más bien es determinante con respecto a éste, ya que es la cadena del significante la que produce el significado. Las operaciones por excelencia con que trabaja el registro de lo simbólico son las que caracterizan el lenguaje: la metáfora y la metonimia.

El registro de lo imaginario alude a lo que puede articularse de lo simbólico. Está definido por la relación con la imagen del semejante, que

permite sortear la prematuridad biológica del nacimiento humano por una anticipación del cuerpo como unidad coherente y coordinada, siendo esto lo que permite al niño, mediando la palabra que lo designa con un nombre propio y con un pronombre en el sistema de la lengua y de las relaciones de parentesco, incorporarse, alienarse, en la imagen que el espejo le devuelve y asumirla como imagen de sí.

El registro de lo real se refiere a otra cosa que realidad. Lo real es lo imposible, lo que no puede ser articulado en el orden del significante, de lo simbólico, y es, por tanto, lo que cae por fuera de la historia, condenado por la repetición a una condición de atemporalidad. Lo que distingue lo animal de lo humano es que lo primero se inscribe totalmente en lo real mientras lo segundo lo hace en lo simbólico y en lo imaginario presentándose en él lo real como lo que escapa al dominio de estos registros y se reitera como psicosis.

10

Por eso la eficacia de lo psíquico en el ser humano no tiene que ver únicamente con lo real, sino también y muy primordialmente, con lo simbólico y con lo imaginario. De ahí que lo que se llama realidad en la vida psíquica del ser humano pueda integrar "lo no dado", "lo no sucedido" pero que es producido por esa articulación de lo simbólico que es lo imaginario y alcanzar un efecto de verdad sobre la vida del sujeto, como es el caso de la fantasía o, para usar una palabra más precisa, del fantasma.

Esto es precisamente lo que la ceguera empírica obnubila en las mentes de esos grupos feministas a los que nos referimos. Cuando oyen la palabra castración, cuando leen en Freud —¡sí es que lo leen!— que "...la niña acepta la castración como un hecho consumado, mientras que el niño teme la posibilidad de su cumplimiento", inmediatamente lo toman como si allí en efecto se tratara de un hecho, sin entender que se trata de un fantasma que opera eficazmente tanto en la niña como en el niño a consecuencia de la necesaria represión paterna al deseo incestuoso. En lo real a la niña no le falta nada, ella es tan completa en su cuerpo como lo es el niño, pero igualmente en lo real tampoco hay una amenaza o un riesgo de castración para el niño y, sin embargo, ¡he ahí el problema!: ¿Cómo instaura la niña una falta donde no le falta nada y el niño una amenaza donde nada lo amenaza? Es ahí donde se hace necesario operar con el orden de lo imaginario pues, a diferencia del cuerpo animal que es vivido como un dato de lo real, el cuerpo humano es vivido imaginariamente, lo que impide entenderlo como operaciones de estímulo

y respuesta y obliga a pensarlo como historia y deseo.

Pero es que la miopía de algunos para no ver en la palabra castración sino un hecho de lo real, con lo cual todo no sería sino un monstruoso engaño que la educación cometería con la niña para inferiorizarla, tiene su correlato en la confusión de lo fálico, como ordenamiento imaginario de la sexualidad, con pene como parte real del cuerpo. Lo fálico alude a la creencia de la niña y del niño, en cierto momento de su vida, en que no existe sino una sexualidad. La sexualidad, el gran secreto, el gran misterio se le ha instaurado en la vida por las relaciones de prohibición y restricción que los adultos han establecido con él, se vuelve campo de indagación que se resuelve con la teoría de la unicidad de la sexualidad humana, para lo cual su propio cuerpo —de niña o de niño— es la referencia. Cuando la investigación sexual continúa y se llega a descubrir que no hay uno sino dos sexos, y esto acontece en pleno Edipo, entonces tiene lugar una resignificación lógica de la anterior teoría. Y aquí queremos hacer fuerza en la palabra “lógica”, para oponerla a la mirada empírica que piensa que desde la observación podrá deducir lo que pasa con el infante. Es algo de lo cual suele caer cierta crítica feminista al psicoanálisis: de lógica, pura y llanamente. Por ejemplo, al negar el complejo de Edipo suelen decir que el deseo incestuoso del niño o de la niña por la madre no existe porque la prohibición universal del incesto, que la antropología ha demostrado, no lo ha permitido, cuando lógicamente lo que debe ocurrir es lo contrario: si hay una prohibición universal del incesto es porque hay un deseo universal del incesto, ya que sólo se puede prohibir lo deseado, en tanto que lo que no se desea no hay por qué prohibirlo ya que nunca se realizará. Y si el deseo universal del incesto no se consuma es porque una prohibición lo impide: bien, esa prohibición es la que el psicoanálisis llama Ley del Padre que habrá de desencadenar la hostilidad del niño sobre su progenitor, con lo cual queda delineado en su forma más simple, el triángulo edípico y su universalidad.

Pero retornemos a lo fálico y volvamos con ese instrumento de reflexión y comprensión que es la lógica: ante los dos sexos el niño y la niña que, recordémoslo ya que muchos gustan de olvidarlo, viven imaginariamente su cuerpo, han de articular la diferencia en un significativo. En términos lógicos la diferencia de los cuerpos se vive no en función de lo que sobra sino de lo que falta, y si falta es porque se ha perdido —imaginariza la niña—, o se puede perder —imaginariza el niño—. En lo real no ha pasado nada pero en lo imaginario y en lo simbólico el pequeño Edipo vive dramáticamente su acceso a la Ley, imprescindible para instalarse en la comunidad humana.

Si la castración cierra el Edipo en el niño, en la niña lo abre pues, negada la madre, se dirigirá al padre para obtener de él lo que se ha perdido y que él porta: el falo. Pero del padre lo que se puede obtener y que ella deseará será el hijo que vendrá a llenar la falta. Sólo la perseverancia de la ley conducirá a la niña a reprimir el deseo por tener un hijo del padre, pero el hijo seguirá operando como significativo en el lugar que ocupaba el falo. Esa es la solución edípica en la mujer: el deseo del hijo, mediante el cual ella se hará al falo en tanto que la solución edípica en el hombre será la búsqueda de un objeto sustitutivo del objeto primero reprimido.

Y si bien las dos situaciones son vividas al mismo tiempo por el niño y la niña pues, en realidad, como dice Freud, el Edipo nunca adopta una forma simple sino que más bien tiene dos caras, en la medida en que el niño y la niña están poseídos simultáneamente por afectos ambivalentes de amor y hostilidad hacia los dos progenitores, en cada caso hay una solución que prima sobre la otra. Por eso podríamos acoger lo que dice Freud respecto a que la niña da por consumada la castración y resuelve su deseo del falo sobre el hijo, agregando que la mujer en ese sentido encuentra lo buscado en sí misma, en su propio cuerpo, en tanto el hijo no es sino su cuerpo prolongado en el espacio y el tiempo, por lo que el hombre no le es imprescindible. Ella confirma en sí misma ser portadora del falo por lo que puede establecer una distancia relativa con respecto al hombre, con el cual sólo quedará ligada por ser él el medio para el hijo o por la identificación que logre establecer entre ese hombre y el padre, fuerza esta última aminorada, sin embargo, por la represión.

Y con respecto al niño que resuelve el Edipo por la amenaza de la castración y se ve conducido a buscar un objeto sustitutivo, podríamos agregar que caminará por el mundo acosado por esa amenaza que le obligará a confirmarse como portador del falo allí en el único lugar que la vida le permitirá: en el reconocimiento que de él haga la mujer. El hombre requiere de la mujer como la mujer del hijo, o de otra manera, nunca la mujer amará tanto al hombre como éste la ama a ella, lo que ya de entrada establece una condición de desigualdad y desequilibrio innegable que tal vez encuentra su mejor enunciación en Nietzsche cuando en el Zarathustra, en el capítulo “De las Mujeres Viejas y Jóvenes”, alude a que mientras la mujer es un fin para el hombre, por todo lo de juego y peligro que encierra, en cambio “el hombre es para la mujer un medio: la finalidad es siempre el hijo”. Mientras el hombre ama a la mujer, la mujer se ama a sí misma en su hijo. Es también lo que Freud en la “Introducción al Narcisismo”, remarcando el

carácter narcisista del amor femenino, quiere indicar con aquello de que el hombre es feliz diciendo "la amo" mientras la mujer es feliz diciendo "me ama".

No son pues, hombre y mujer, simétricos inversos, sino diferentes, en cada uno de los cuales lo que falta no lo posee el otro, por lo que el amor, al decir de Lacan, no es sino ese extraño acto de dar a otro lo que no se tiene.

12

Es hora de volver al encuentro de nuestro hombre callejero, de aquél que dejamos con la mirada suspendida sobre el cuerpo de la desconocida, presta esa mirada a volverse lengua y mano. Hablemos sólo de él, porque él nos hablará de los otros que comparten su desdicha en el prostíbulo, ante el aviso publicitario o la revista porno, en la soledad miserable del violador o en la alcoba matrimonial. Nuestro mirón hablará por todos del fracaso compartido, del fallido propósito de poseer a la mujer.

Pero nuestro mirón de la calle no habla sólo de él y de sus cómplices, en el fondo habla de todos nosotros, de hombres y mujeres, y revela lo que llamaríamos una vivencia colectiva de la sexualidad que, a no dudarlo, debe tener características asignadas por nuestra época, esta época de grandes centros urbanos con millones de solitarios, de poderosos medios de comunicación en manos de seres que no se hablan, de gigantescos progresos de seres ajenos a la libertad, de acendrado individualismo en seres extraños a la palabra Ser... La sexualidad no permanece en el secreto de las alcobas sino que sale a la calle y, desenvolviéndose en estas realidades de nuestra época, talla rostros y cuerpos, define modalidades del goce y propicia formas de relación con el otro.

En la calle hay una sexualidad que hace del ojo el órgano del placer. El hombre se hace voyeur y por eso su ojo se hace persecutor experimentado de todas las formas que le propicien su goce solitario. Su mirada es una mirada demandante que se posa sobre la desconocida en busca de la respuesta que le confirme que él es allí donde la ansiedad castratoria ha metido la duda: el hombre donde no se ha consumado la amenaza. Pero el voyeur callejero alcanza su goce efectuando una triple operación de fragmentación: la primera alude a que el otro no es percibido en su dimensión de ser que integra múltiples dimensiones del vivir, sino que es tomado en ese único fragmento que es su presencia anatómica; la segunda hace un recorte en el tiempo, deshistorizando al otro que es asumido como puro presente, extraído de lo único que lo puede fijar como unidad en el tiempo: ser portador de un pasado hecho historia y apertura a un futuro

como destino; la tercera fragmenta el cuerpo mismo percibido tomándolo en función de partes que marcan diferencialmente el goce de la vista: perdida la unidad en el ser y en el tiempo de su existencia ese cuerpo estalla en un torbellino de miembros descohesionados.

El voyeur callejero con su mirada, en la que funda la esperanza de alcanzar al otro, está perdido, pues jamás el otro podrá ser suyo, así fuera que la respuesta anhelada se diera pues, por el acto mismo de esa mirada desolada el otro ha desaparecido como una unidad de la cual se pudiera decir Tú, en relación a un Yo que propone la alegría extática de liquidarse como tales para ser Nosotros.

El ojo, a veces, se hace palabra. La palabra, por su condición misma de ser significante lábil con respecto al significado, puede ser más recursiva que la mirada y, desde el perfil anterior, abrirse a la poesía, a esa forma espontánea del poetizar que a veces alcanza el piropo, con lo cual intenta hacer una experiencia del otro como unidad en el ser, en el tiempo y en el espacio, pero para eso la palabra está atendida a la confirmación que haga el otro; es decir, el otro, la mujer, con su respaldo o su rechazo, es el que la hace palabra que unifica o palabra que despedaza. Sin embargo, aunque la palabra pueda ser más recursiva en esta búsqueda de sanción por parte del otro, esto no es específico de ella, pues igual puede suceder con el ojo o incluso con la mano: una mirada cruzada entre dos puede ser el instante del amor o una mano que encuentra otra hacerse caricia. Cuando decimos pues, de la desdicha de esa sexualidad callejera del hombre, no nos referimos a que la mirada, la palabra o la mano no puedan producir también en la calle esa "deliciosa mentira" que De Greiff nos dice que es el amor, sino a que ellas se producen, como práctica colectiva, desde la soledad de uno que sabe que no hay otro y que por tanto sólo expresará un clamor de infelicidad que hunde al hombre en la condición de esclavo de un demandar que se sabe inútil desde el comienzo. Actitud que carcome lo masculino con una ética donde el único camino al encuentro de la mujer lo brinda la petición desesperanzada o la humillada violencia del que sabiéndose en poder del otro, se dirige a él a sabiendas de haber claudicado en su propósito desde siempre.

Pero si hay voyeur es porque hay exhibicionista. Y en este sentido si hablamos de que una perversión que pone la sexualidad en la función de mirar domina a la masculinidad callejera, el necesario correlato se encuentra en una mujer que no es nada inocente, sino que hace de su sexualidad la función de ser mirada. Voyeur por exhibicionista, si el hombre sale a la calle a mirar, la mujer a ser mirada. Igual sucede con la palabra que quiere que le sea dicha o la mano

para la cual dispone partes de su cuerpo. Si de por sí, su requerimiento del hombre no es lo más fundamental, allí donde ella pudiera entregarse a la ficción amorosa con otro ya está impedida, pues la forma de vivir esa sexualidad callejera de la que hablamos, es la de quien determina una aproximación que no es más que extrañeza pura.

13

Hemos dicho que la calle nos mostrará los otros escenarios, enseñándonos la lógica que en ella rige. La diferencia estructural de lo femenino y lo masculino, que implica por principio un desencuentro entre el hombre y la mujer, y cuya única posibilidad de sortearlo es construyendo esa ficción del amor mediante la cual se puede imaginarizar que alcanzamos la unidad perdida de nuestro ser, esa diferencia decíamos, se inscribe en una lógica de amo-esclavo, de dominador y dominado donde la violencia, entendiendo ésta como el goce de uno en contra de otro, es la constante, y donde cada cual apela a sus recursos para hacer de su goce una agresiva de-estructuración del otro como otro. Por eso la sexualidad no es tanto asunto de seducción y ternura sino de arrebató y despojo. Arrebató y despojo que se da tanto del hombre sobre la mujer como de ésta sobre aquél, sólo que cada cual apela a sus propios recursos, más expresos en el hombre, más sutiles, pero no menos eficaces, en la mujer. Arrebató y despojo que se repite mutuamente no sólo en la calle sino en el prostíbulo, en el aviso publicitario y en la alcoba matrimonial. Y es a esto a lo que llamamos una ética fallida en la relación entre dos sexos que por principio están condenados al desencuentro.

Si al deseo no se le puede educar como lo pretenden la pedagogía y la moral con sus listados de preceptos, ni se le puede ordenar como lo quiere cierta política ducha sólo en producir prohibiciones, ni instruir como lo buscan ciertas eróticas mal avenidas entre nosotros, no resta sino encararlo desde una ética que sepa que al deseo no se le puede obedecer ciegamente por donde él se desplaza, como en el caso de nuestras sociedades actuales donde lo masculino y lo femenino resuelven el deseo desde un reconocimiento propio y un desconocimiento del otro, con lo cual quedan atados en un nudo de hostilidades y resentimientos, sino que es menester producir nuevos caminos por donde los significantes del deseo encuentren otros encadenamientos. Otros caminos que lleven esa libido del hombre que sólo como mirada volcada sobre el cuerpo desconocido puede resolverse, a encontrar otras realizaciones que hagan de esa misma mirada una visión estética, esto es, percibir el otro como unidad, y que le permitan una libidinización de sus empresas y obras en el ámbito de la cultura, con lo cual su vida se volvería fuente para su pro-

pio goce, pudiéndose así dar alternativas a esa verdad que como impronta debe llevar cada ser en lo más hondo de sí: que todo encuentro entre hombre y mujer es un fracaso, es un desencuentro, pero que por ello mismo sólo el respeto y ese producto imaginario que es el amor pueden permitirnos asumir con valor nuestro total desamparo en el mundo.

Sólo desde esa renuncia a la demanda insistente en la que puja el deseo, no por prohibición sino por realizaciones propias con las cuales gane autonomía para su goce, puede el hombre hacerse falta para la mujer y encontrar un lugar por razón propia en esa extraña existencia femenina que se quiere bastar a sí misma, alcanzando por su capacidad relativa de distancia, de soledad y de autonomía frente a la mujer aquello que nuestra masculinidad de hoy niga persistentemente: la dignidad necesaria para llevar nuestro nombre de hombre.

Por eso debe ser una ética que sepa negarse a la noción de la posesión, pues siempre todo intento de apropiación culmina en el fracaso de la violencia o del servilismo, por esa condición de la mujer que siempre le permite estar donde no está el hombre.

Es únicamente desde una distancia y una independencia frente a la mujer, facilitadas por haberse dado nuevos significantes al deseo, es decir, porque la libido alcanzó a ligarse a nuevos significantes como los que ofrece la cultura, propiciando goces como el que brinda el "amor a la ciencia", por ejemplo; sólo así el hombre, arriesgado valientemente a la libertad propia y a la libertad del otro, podrá hacer del encuentro con la mujer un goce transformador y enriquecedor de la vida, pues será la experiencia de dos que se requieren porque han sabido producir en el otro un lugar para su falta.

Lo que sí es casi seguro es que de los dos es al hombre a quien le toca más de cerca el imperativo de producir una nueva ética, pues si de lo que se trata es de saber asumir la diferencia con la introducción de una relativa autonomía, la mujer por la estructura narcisista de su goce ha alcanzado ya esa posibilidad.

El goce que lo masculino y lo femenino pueden alcanzar entre sí, proviene sin duda de su diferencia, allí donde esa diferencia es producida por una historia del deseo que tienen en cada uno de los dos un derrotero propio.

Y si alguien nos pregunta, terminando ya, si no hemos hecho una reducción arbitraria de los conceptos de femenino y masculino, a los de sexualidad del hombre y sexualidad de la mujer, le contestaríamos con aquellas palabras de Freud en el texto "Sobre la Sexualidad Femenina": "...Esta diferencia de la interrelación entre los

complejos de Edipo y castración es lo que plasma el carácter de la mujer como ente social". A nadie se le escapará que la comparación de la mujer la hace aquí Freud con el hombre. Freud, hombre también, quien algún día tuvo que reconocer que para él, como para todos los hombres, el más grande misterio seguía siendo saber qué quiere una mujer.

(Y estas palabras van, más allá de Camilo, hasta una mujer: María Luisa, y de ahí hasta la magia que los dos han producido: aquél que viene en camino y al cual desde ya el mundo aguarda).